

ESPERAR LA MISERICORDIA



¿CÓMO PREPARO MI ADVIENTO?

Esperar la Misericordia

¿Mirar o comer?



Esperar la misericordia de Dios. Este es el título que quisiera proponer para este retiro de Adviento. En él nos encontramos con la actitud y el sujeto del Adviento. El Adviento es el tiempo de la espera. Es lo que decimos siempre, al empezar el adviento. ¿Pero qué significa esperar? ¿Cómo podemos vivir de un modo nuevo esta espera que llevamos años intentando vivir y no terminamos de entender bien cómo?

En un momento de la historia en el que lo queremos todo ya, en el que hemos perdido el arte de esperar, la Iglesia nos invita a detenernos, a respirar y a aprender nuevamente a esperar. Pero no cualquier cosa, sino la misericordia de Dios que llega, que se acerca, que se hace carne.

Ante este misterio que irrumpe en nuestra existencia, estamos invitados a vivir lo que San Anselmo, en su búsqueda de Dios en el Proslogion escribía al inicio del mismo:

***¡Oh hombre, lleno de miseria y debilidad!,
sal un momento
de tus ocupaciones habituales;
ensimísmate un instante en ti mismo,
lejos del tumulto de tus pensamientos;
arroja lejos de ti
las preocupaciones agobiadoras,
aparta de ti tus trabajosas inquietudes.***

***Busca, a Dios un momento, sí,
descansa siquiera un momento en su seno.
Entra en el santuario de tu alma,
apártate de todo, excepto de Dios
y lo que puede ayudarte a alcanzarle;
búscale en el silencio de tu soledad.***

***¡Oh corazón mío!, di con todas tus fuerzas,
di a Dios: Busco tu rostro, busco tu rostro,
¡Oh Señor! Y ahora, ¡oh Señor, Dios mío!,
enseña a mi corazón
dónde y cómo te encontrará,
dónde y cómo tiene que buscarte.***

[La digitalización] nos acostumbra a que todo sea inmediatamente alcanzable, disponible, calculable, consumible. [...] Hoy en día nos distraemos constantemente. Saltamos de una información a otra, de un estímulo a otro. Esta constante distracción ha bastado para que Dios nos haya abandonado. [...] Si no nos distrajéramos, estaríamos con Dios.

BYUNG CHUL HAN

MIRAR O COMER

Vamos a vivir ahora un tiempo en el que nos invita a dejar a un lado nuestras ocupaciones y a dejarnos tocar por Dios. En nuestra búsqueda Él sale a nuestro encuentro. Él nos primerea. Pero para ello tenemos que ponernos en actitud de apertura, hacer silencio para dejarnos habitar por Él, estar atentos para contemplar su misericordia.

En su último libro sobre Dios, el filósofo y teólogo católico Byung Chul Han se pregunta cuáles son las razones por las que Dios se encuentra ausente en la sociedad actual. Y se da cuenta de que *no es Dios quien ha muerto, sino el ser humano al que Dios se revelaba*. Denuncia cómo la sociedad actual, que hace que nos pasemos todo el tiempo consumiendo cosas, ha hecho que el ser humano haya perdido su capacidad contemplativa. La primera causa de la crisis actual de la religión que pone de relieve es el declive de la atención.

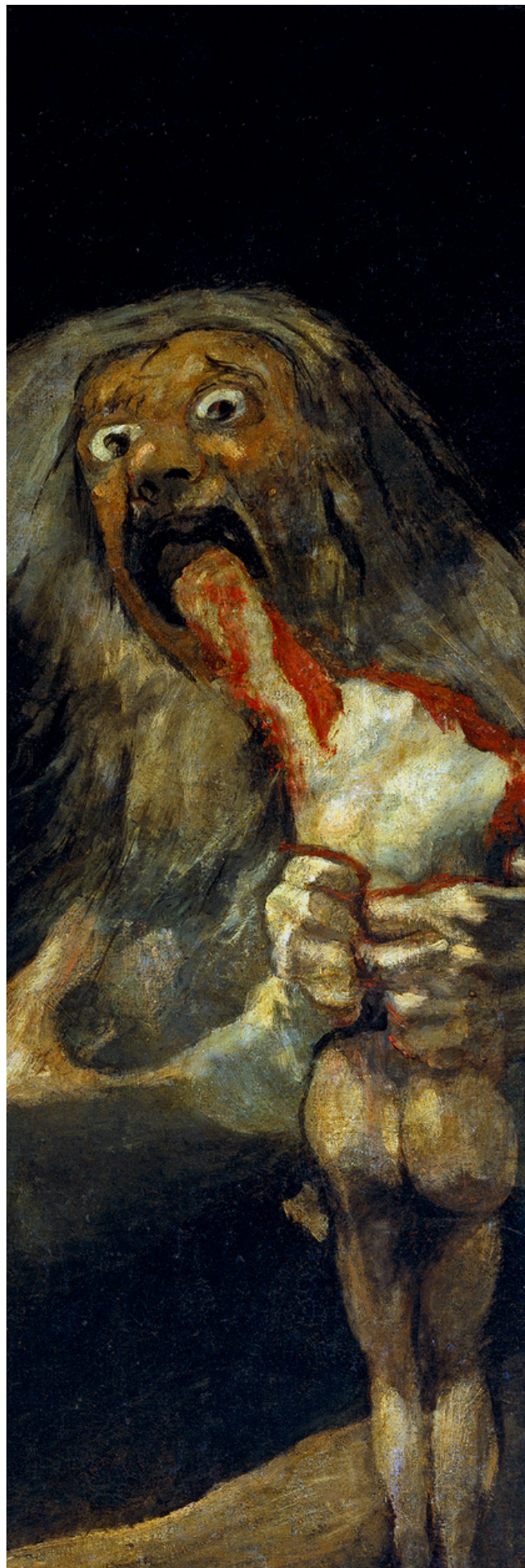
Él, siguiendo a Simone Weil hace una distinción entre *mirar* y *comer*. En un mundo en el que se nos invita todo el tiempo a *comer*, es decir, a consumir toda clase de estímulos, objetos, experiencias, relaciones, el ser humano ha olvidado lo que significa *mirar*.



- **Mirar:** es detenerse, es abrirse, es acoger al Otro. Es permitir que la realidad me hable sin intentar poseerla, es dejarme interpelar por lo que me rodea. Es levantar la vista del móvil, para mirar el horizonte. Mirar implica disponibilidad interior, silencio y sobre todo hacerme vulnerable.
- **Comer:** es apropiarse, devorar, pasar rápidamente a lo siguiente. Es convertir todo en objeto, incluso a Dios. ¿No será que hemos convertido a Dios en un becerro de oro como hizo Israel en el desierto? ¿No será que nuestra fe se ha convertido en una consumidora de estímulos? Nos parecemos al famoso cuadro de Goya, *Saturno devorando a su hijo*, una figura desesperada que, por miedo a perderlo todo, termina destruyendo aquello que más desea conservar. Así también nosotros, en nuestra ansiedad por tener experiencias religiosas, por sentir algo, por consumir lo sagrado, corremos el riesgo de devorar el misterio en lugar de acogerlo.

Queremos que Dios se adapte a nuestros ritmos, a nuestros tiempos, a nuestras necesidades inmediatas, que Dios nos diga aquello que nosotros queremos que nos diga y al hacerlo dejamos de mirarlo para intentar ingerirlo.

Pero Dios no se deja consumir. Dios solo se deja contemplar. Solo puede ser recibido desde la pobreza del corazón. Por eso, solo hay alguna esperanza de salvación para quienes consigan permanecer un tiempo mirando en lugar de comiendo (Simone Weil). Estamos llamados en este tiempo de adviento a dejar de comer y pararnos a mirar, a volver a lo esencial, y a reflexionar de nuevo sobre aquellas cosas que nos impiden alzar el vuelo hacia lo trascendente.



ESTAMOS EN LA ERA DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL, EN LA QUE PARECE SER QUE EL ALGORITMO ES CAPAZ YA DE INTERPRETAR NUESTRO FUTURO. ¿QUÉ NOS QUEDA PARA SEGUIR SIENDO PROFUNDAMENTE HUMANOS SIN DEJARNOS EMBAUCAR POR LAS PREDICCIONES ALGORÍTMICAS? LA CAPACIDAD DE CONTEMPLAR.

Byung Chul Han



Llamados a contemplar

La misericordia se hizo carne



El Adviento nos convoca a la contemplación. Una vez que hemos asumido esta llamada a contemplar, nos preguntamos: ¿Qué estamos llamados a contemplar en este tiempo de Adviento? Mejor dicho, ¿A Quién?

Siempre me gusta mencionar el nº 1 de Deus Caritas Est que nos dice que *no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.*

No me cansaré de repetir que el cristianismo no es un conjunto de ideas, sino que es el encuentro con Cristo. Por eso, en este tiempo, nuestra mirada se enfoca con atención al misterio de la Encarnación. Cristo se convierte en sujeto activo, no en objeto, porque Él es el que sale a nuestro encuentro, desciende a nuestra vida, se encarna en nuestro mundo.

Dirijamos nuestra mirada al prólogo Juan (Jn 1,1-14) que nos ofrece la clave teológica para iluminarnos sobre este acontecimiento que desborda cualquier comprensión humana, que no es otra cosa que la manifestación de la Misericordia de Dios en la historia, en una persona, en el rostro de Jesús de Nazaret, que es es el rostro de la misericordia del Padre.

Estamos llamados a contemplar el misterio de la Encarnación, un Dios que se ha hecho carne. El Adviento nos prepara para contemplar este misterio donde el Dios eterno se hace efímero en un niño nacido en un pesebre. El adviento nos invita a afinar la mirada del corazón para descubrir que la misericordia de Dios no se quedó *en el cielo*, sino que se hizo presencia viva en medio de nosotros.

Este tiempo litúrgico es una escuela de contemplación.



Nos invita a detenernos y a abrir espacios donde pueda resonar la Palabra que en el principio estaba junto a Dios, pero que ahora viene a habitar en nuestra fragilidad.

Dios sigue haciéndose carne y entrando en nuestra historia concreta, en nuestras sombras, en nuestras heridas, en nuestros anhelos más profundos. El Adviento nos educa para reconocer esa presencia. Nos enseña a no buscar a Dios en lo espectacular, sino en lo pequeño, a no esperarlo en el ruido, sino en el susurro, a no imaginarlo lejano, sino cercano. Contemplar la Encarnación es dejarse sorprender por un Dios que se acerca a nosotros para revelarnos su misericordia y su ternura. Es reconocer que la misericordia tiene un rostro en Jesús de Nazaret.

Quisiera que pudiéramos centrarnos en el Prólogo del evangelio de Juan para profundizar en esto. Al comentarlo San Agustín nos introduce con esta reflexión:

El hombre animal no comprende esto. ¿Qué hacer entonces, hermanos? ¿Nos callaremos? ¿Y para qué leerlo si luego viene el silencio? ¿Para qué oírlo si nadie lo explica? Y también, ¿para qué explicarlo si no hay quien lo entienda? Pero tengo una convicción: que algunos de los que estáis aquí entenderéis la explicación; es más, lo entenderéis antes de explicarlo. Por eso no voy a defraudar a los que son capaces de entender, aun a riesgo de perder el tiempo con los demás. En último extremo contamos con la ayuda amorosa de Dios. Quizá así quedemos todos satisfechos, entendiendo cada uno hasta donde lleguen sus posibilidades, y el orador exponiendo hasta donde él puede. Porque ¿quién podrá hablar de estos misterios como ellos son?

EN EL PRINCIPIO EXISTÍA EL VERBO, Y EL VERBO ESTABA JUNTO A DIOS, Y EL VERBO ERA DIOS. ÉL ESTABA EN EL PRINCIPIO JUNTO A DIOS. POR MEDIO DE ÉL SE HIZO TODO, Y SIN ÉL NO SE HIZO NADA DE CUANTO SE HA HECHO. EN ÉL ESTABA LA VIDA, Y LA VIDA ERA LA LUZ DE LOS HOMBRES. Y LA LUZ BRILLA EN LA TINIEBLA, Y LA TINIEBLA NO LO RECIBIÓ.

SURGIÓ UN HOMBRE ENVIADO POR DIOS, QUE SE LLAMABA JUAN: ESTE VENÍA COMO TESTIGO, PARA DAR TESTIMONIO DE LA LUZ, PARA QUE TODOS CREYERAN POR MEDIO DE ÉL. NO ERA ÉL LA LUZ, SINO EL QUE DABA TESTIMONIO DE LA LUZ. EL VERBO ERA LA LUZ VERDADERA, QUE ALUMBRA A TODO HOMBRE, VINIENDO AL MUNDO. EN EL MUNDO ESTABA; EL MUNDO SE HIZO POR MEDIO DE ÉL, Y EL MUNDO NO LO CONOCIÓ. VINO A SU CASA, Y LOS SUYOS NO LO RECIBIERON. PERO A CUANTOS LO RECIBIERON, LES DIO PODER DE SER HIJOS DE DIOS, A LOS QUE CREEN EN SU NOMBRE. ESTOS NO HAN NACIDO DE SANGRE, NI DE DESEO DE CARNE, NI DE DESEO DE VARÓN, SINO QUE HAN NACIDO DE DIOS.

Y EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS, Y HEMOS CONTEMPLADO SU GLORIA: GLORIA COMO DEL UNIGÉNITO DEL PADRE, LLENO DE GRACIA Y DE VERDAD.

Jn 1, 1-14

La Pro-existencia del Logos desde su eternidad o preexistencia (Jn 1, 1-5)

Es importante leer los textos que por su profundidad y dificultad no terminamos de entender, pero que sin duda estamos llamados a contemplar con un corazón atento. Inicia el Prólogo de Juan remontándonos a los orígenes. La vida de Jesús narrada en este evangelio se remonta a su origen más remoto, no ya con una escena histórica o un relato del origen terreno de Jesús (Mt y Lc), sino que sitúa el origen de Jesús en Dios mismo. Con esta afirmación establece la preexistencia eterna del Logos-Palabra. Se sitúa en el principio, antes de la creación del mundo. Es Dios mismo, que desde su alteridad propia, sale de sí mismo y crea a través de su Palabra. Todo el mundo se debe a Dios que lo ha creado a través de su Logos.

En estos tres primeros versículos, vemos a un Dios que desde su eternidad crea el mundo. Él que para Juan *es amor* (1 Jn 4,16) se entrega ya al mundo a través de su Palabra creadora. *El mundo entero y toda la historia de la salvación se hallan desde la eternidad bajo el signo de Jesucristo; la misericordia divina, revelada definitivamente en Jesucristo, es el signo que antecede a toda realidad y la preside.*

Esa entrega de Dios al mundo en la persona del Hijo se hace a través de la imagen de la luz y las tinieblas. Mientras que la luz es consecuencia de Dios que da vida y luz, la tiniebla no sabemos de donde procede. La luz es Cristo que con su presencia ilumina a todo hombre, pero que deja la libertad para no ser acogido.

Quisiera detenerme en esa luz, que brilla en tiempo presente, indicando cómo la irrupción del Verbo en el tiempo es un misterio de profunda cercanía. *Dios, que a los seres humanos se nos antoja lejano y al que a menudo pensamos que solo podemos adorar con nuestro silencio, despierta en mitad de la noche del mundo y, en virtud de una insondable decisión, emerge del silencio y se nos comunica lleno de gracia y verdad en su Palabra eterna encarnada.* Por eso, vamos aquí ya lo que lo que Schürmann llamará la pro-existencia del Hijo, que está vuelto enteramente al Padre, pero que es siempre *hombre para los demás.*

El acto de encarnarse implica un autovaciamiento divino (kénosis). Jesús, quien tenía condición divina, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor (Flp 2,7). Ante la pregunta que se han hecho a lo largo de tantos siglos los teólogos, ¿por qué Dios se ha encarnado?, podemos responder: para mostrarnos la misericordia del Padre.

Jesús no es un ser humano cualquiera, sino Dios mismo que se está encarnando en la segunda persona de la Trinidad. En la conmemoración de los 1700 años del Primer Concilio de Nicea, el papa nos dice: *Hoy al contemplar este misterio de la encarnación debemos volver a preguntarnos: ¿Es Cristo el Dios de mi vida, Aquel que da luz verdadera y sentido a todo lo que hago?*



La luz de la misericordia no se impone, se propone en medio de las tinieblas (Jn 1, 6-13)

El Prólogo introduce la figura de Juan el Bautista, que aparece como testigo de la luz. Su presencia rompe el tono solemne del inicio y lo sitúa en la historia concreta. Juan es enviado por Dios no para ser la luz, sino para señalarla, para preparar al pueblo a reconocer al Mesías. Esta insistencia en que no era él la luz recalca que toda auténtica misión cristiana remite siempre a Otro.

La Palabra, que es luz, entra en el mundo. Sin embargo, el mundo, que debería reconocer a su Creador, se cierra a ella. Juan expresa esta paradoja con dolorosa sencillez: el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron (v. 10-11). Las tinieblas no son una fuerza equivalente a la luz, sino la negativa libre a acogerla. La luz no destruye la oscuridad por imposición, sino por presencia: se ofrece, pero no violenta; ilumina, pero no obliga. Y, sin embargo, en medio de este rechazo, resalta la buena noticia de la gracia: a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre (v. 12).

Aquí Juan subraya algo fundamental: la filiación divina no es resultado de la sangre, del linaje, ni del esfuerzo humano, sino don gratuito de Dios que quiere que todos los hombres se salven (1 Tm 2, 1). Es gracia que requiere acogida, que necesita un corazón pobre y disponible.

La misericordia solo puede recibirse, no conquistarse. Recibir el don de la gracia significa permanecer un tiempo mirando en lugar de comiendo, es decir, acoger al Otro sin intentar poseerlo o consumirlo. La gracia no se domina; se contempla. Se acoge sin posesión, sin instrumentalización. La verdadera apertura al Dios que viene pasa por un vaciamiento que permite que la luz penetre suavemente en las zonas más opacas de nuestra existencia.

La lógica divina no es la de la imposición, sino la de la invitación. Dios respeta el ritmo de cada corazón, se acerca sin violentar, llama sin forzar. En un mundo acostumbrado a las luces agresivas, la luz de Cristo permanece humilde, paciente, gratuita.

El Verbo se hizo carne: el rostro palpable de la misericordia (Jn 1, 14)



Llegamos al clímax del Prólogo y al corazón del misterio de la fe cristiana. Aquí culmina todo el movimiento descendente del Logos. Quien era antes del principio, ahora se hace carne. La eternidad entra en el tiempo; el Creador toma forma de criatura; la Palabra eterna de Dios adopta la fragilidad de la carne.

Juan no dice simplemente que el Verbo se hizo hombre, sino carne (*sarx*), para subrayar la vulnerabilidad radical que el Hijo asume. En Cristo, Dios no solo se acerca: se expone, se hace tocable, herible, abrazable.

Habitó entre nosotros: el verbo que utiliza Juan, *eskēnōsen*, significa literalmente acampó o puso su tienda. Evoca la tienda del encuentro del Éxodo, donde Dios habitaba en medio de su pueblo. En Jesús, Dios instala su morada de un modo definitivo. Ya no se trata de un templo de piedra, sino de un cuerpo que manifiesta su gloria. Esta gloria no es la del poder humano, sino la del amor que se abaja. La gloria de Dios es su misericordia hecha carne.

En Jesús contemplamos aquello que nadie podía ver: el rostro del Padre. Él es "lleno de gracia y de verdad": la fidelidad amorosa de Dios se hace persona.

La Encarnación es, por tanto, el acto supremo de proximidad divina. En ella descubrimos que Dios no se sienta en la distancia del cielo, sino que entra en nuestra historia, en nuestra noche, en nuestras tinieblas, para iluminarlas desde dentro.

Jn 1,1-14 nos enseña que el Adviento no es solo la espera de un evento histórico, sino el reconocimiento de que Dios, en su misericordia, irrumpe en la historia humana. Como un rayo que desciende desde la eternidad, el Verbo se hace carne, y al habitar entre nosotros, nos ofrece la prueba tangible de un amor divino que no conoce límites y que es fuerza que todo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón. El misterio contemplado es que la verdad de Dios es la Misericordia, hecha carne en Jesús de Nazaret.

¿Cómo preparo mi adviento?

Llamados a abrirnos a la Misericordia

Este misterio que ahora se nos desvela con mayor luminosidad no se nos impone. Dios propone su presencia, y para ello necesita de nosotros una respuesta de apertura del corazón.

De manera concreta, en esta tercera parte del retiro, nos preguntamos sobre el modo en que cada uno de nosotros se prepara para acoger esta invitación que se nos hace, para que no nos pase como *aquellos que no lo recibieron* (Jn 1,11), pasemos a ser lo que nos dice San Pablo:

Antes sí erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor. Vivid como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Buscad lo que agrada al Señor (Ef 5,8).

Para ello quisiera que reflexionáramos sobre algunas actitudes que os propongo para este tiempo de Adviento:

- **Dejarnos sorprender por el Señor y su Palabra:**

En este tiempo de Adviento estamos llamados a dedicar más tiempo a la oración y a escuchar la Palabra. Estamos invitados a abandonarnos en Dios con una actitud de espera. La virtud cristiana no es una búsqueda o una acción, sino una espera y una mirada. Lo valioso viene a nosotros sin que tengamos que hacer ningún esfuerzo intencionado. La atención no se dirige a la búsqueda: *Los bienes máspreciados no deben ser buscados, sino esperados. Pues el hombre no puede encontrarlos por sus propias fuerzas y, si se pone en su búsqueda, solo encontrará en su lugar falsos bienes, cuya falsedad no sabrá discernir.*

Hoy corremos el riesgo de caer en lo que el Papa Francisco describe en *Evangelii Gaudium* (n. 94) como un neopelagianismo autorreferencial.

Es la tentación *de quienes en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado. Es una supuesta seguridad doctrinal o disciplinaria que da lugar a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente. Son manifestaciones de un inmanentismo antropocéntrico.*

Estamos acostumbrados a controlar a Dios, hasta tal punto que antes de escucharlo parece que ya sabemos lo que nos va a decir. Esto no es el discernimiento cristiano que está llamado a abrirse a la sorpresa de Dios, a dejar que Dios introduzca su novedad en nuestra vida, rompiendo nuestros esquemas de seguridad.

- **Recibir la misericordia de Dios en el sacramento del perdón.**

En este tiempo de Adviento estamos llamados a preparar el corazón con el sacramento del perdón. El sacramento del perdón se alza como la respuesta que nos devuelve a la sencillez del pesebre. Confesarse en Adviento es reconocer que necesitamos acordarnos de la misericordia de Dios que es inmensamente más grande que nuestros errores.

Un Dios que nunca se cansa de perdonarnos, porque en su propio ser es misericordia pura. *Cada vez que pedimos la misericordia de Dios, Él nos perdona. El papa Francisco ha dicho que Dios nunca se cansa de perdonar: somos nosotros,*

más bien, quienes nos cansamos de pedir perdón (León XIV a los jóvenes estadounidenses).

El sacramento de la Penitencia nos asegura que Dios quita nuestros pecados. Resuenan con su carga de consuelo las palabras del Salmo: «Él perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de amor y de ternura. [...] El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; [...] no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas. Cuanto se alza el cielo sobre la tierra, así de inmenso es su amor por los que lo temen; cuanto dista el oriente del occidente, así aparta de nosotros nuestros pecados» (Sal 103,3-4.8.10-12). La Reconciliación sacramental no es sólo una hermosa oportunidad espiritual, sino que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. (Spes non confundit nº 23)

- **La paciencia (hypomoné) como virtud del adviento:**

Vivimos en la era de la inmediatez voraz, donde todo debe ser «para ya». Amazon nos entrega paquetes en horas y un mensaje no respondido al instante genera ansiedad. Sin embargo, el tiempo de Dios no es el de la prisa (cronos), sino el del momento oportuno (kairos). Por eso, la actitud fundamental que nos conduce a la salvación en este tiempo es la hypomoné. Este término griego bíblico es mucho más que la simple capacidad de esperar sin quejarse. Etimológicamente, significa permanecer debajo (hypo-meno), es decir, mantenerse firme bajo el peso de la prueba o de la espera sin huir. No es una resignación pasiva de brazos cruzados, sino una inmovilidad atenta y fiel que se

prolonga en el tiempo, similar a la del centinela que otea el horizonte sabiendo que el amanecer llegará, aunque la noche sea larga. Para preparar el Adviento, necesitamos recuperar esta virtud en tres dimensiones:

- Resistencia a la inmediatez: La hypomoné nos enseña que los procesos de la gracia, al igual que la gestación de una vida, no se pueden acelerar. Querer forzar la intervención de Dios es un acto de soberbia; esperar sus tiempos es un acto de adoración.
- La inactividad fecunda: Existe una paradoja espiritual profunda: «Quien permanece inactivo se acerca a lo divino, ya que lo divino es ajeno al esfuerzo humano frenético». Esta "inactividad" no es pereza, sino el cese de nuestro ruido para hacer espacio al silencio de Dios. Si corremos todo el tiempo, Dios no puede alcanzarnos; pero si nos detenemos y miramos largamente al cielo, creamos la pista de aterrizaje para que Él descienda.
- La atención como oración: La paciencia purifica nuestra intención. Como decía la filósofa Simone Weil, la atención absoluta es oración. Esperar a Dios es mirarlo sin intentar poseerlo, manteniéndonos en el umbral del Misterio. Solo quien sabe esperar sin exigir resultados inmediatos es capaz de acoger al Niño Dios tal como es, y no como nosotros quisiéramos que fuera.

- **La eucaristía: el futuro que se revelará en la segunda venida se hace real.**

A menudo corremos el riesgo de reducir el Adviento a una cuenta atrás histórica hacia el recuerdo de Belén, y la Eucaristía a un mero acto de piedad individual o a un recuerdo mental de la Pasión. Sin embargo, la liturgia no es un simple viaje al pasado,

sino una irrupción del Futuro de Dios en nuestro presente. La esperanza cristiana en la segunda venida, que también recordamos en el adviento, nos tiene que llevar al recuerdo (anámnesis) del futuro. Estos tiene unas consecuencias concretas:

- Superar el tiempo lineal: En nuestra vida cotidiana, vivimos atrapados en el tiempo lineal (chronos), donde el pasado ya se fue y el futuro aún no existe. Zizioulas nos alerta de que si reducimos la Eucaristía a esto, Cristo queda atrapado en el pasado o postergado a un futuro lejano. El Adviento rompe esta lógica y en la eucaristía el Reino de Dios no es algo que "vendrá" después de la historia, sino algo que se hace presente ahora.
- Memoria del Futuro: Zizioulas introduce un concepto fascinante para este tiempo: la anámnesis (recuerdo) en la misa no es solo recordar el pasado (la Cruz), sino recordar el futuro. Pedimos al Espíritu que venga no para repetir el ayer, sino para traer el Éschaton (los últimos tiempos) al hoy. Por eso, en Adviento, no esperamos a un Dios ausente; en la Eucaristía, el que ha de venir ya está aquí.

Vivir el Adviento eucarísticamente significa dejar de vivir angustiados por el futuro o nostálgicos por el pasado. Nos preparamos para la Navidad acudiendo a la Eucaristía para gustar la eternidad.

Allí, la luz del Reino se adelanta y disipa nuestras tinieblas actuales. No vamos a misa para cumplir un rito, sino para entrar, por un instante, en la verdad final del mundo donde todo será juzgado desde la misericordia infinita de Dios.

Vivir para los jóvenes más pobres

La amorevolezza salesiana



No podemos prepararnos para acoger a Dios si cerramos la puerta a aquellos en quienes Él ha querido identificarse preferentemente. Como nos recuerda el cardenal Walter Kasper, «el encuentro de tú a tú con Dios no puede quedarse en el ámbito puramente personal, sino que debe abrirse a todas las personas sufrientes que haya junto a nosotros y nuestro alrededor». La mística cristiana no es una huida del mundo, sino una inmersión en la carne sufriente de Cristo.

El Papa León XIV, en *Dilexi te*, es contundente al recordarnos la centralidad de esta opción. En el n° 16 afirma que Jesús *se presenta al mundo no sólo como Mesías pobre sino como Mesías de los pobres y para los pobres*. Esta realidad teológica debe sacudir nuestra conciencia, especialmente en un tiempo donde a menudo espiritualizamos la pobreza sin tocar al pobre.

El Papa continúa cuestionándonos en el número 23: *Muchas veces me pregunto por qué, aun cuando las Sagradas Escrituras son tan precisas a propósito de los pobres, muchos continúan pensando que pueden excluir a los pobres de sus atenciones*. El Adviento, por tanto, es el tiempo para volver a incluirlos en el centro de nuestra vida y de nuestra mesa.

Decía Máximo el Confesor que *La misericordia de Dios está oculta en la misericordia hacia el prójimo* [Diálogo Ascético, 42]. La misericordia recibida está llamada a ser entregada a los demás. En el estilo salesiano conocemos un modo concreto de practicar el mandato de Jesús en el evangelio de Lucas: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36). ¡Qué bonito es este capítulo de Lucas que condensa en 49 versículos qué significa y que no ser cristiano!

En el carisma salesiano, vivir la misericordia es vivir la amorevolezza, uno de los tres pilares fundamentales en los que se basa el Sistema Preventivo de Don Bosco, cuya importancia se ha revitalizado al ser recordado por el propio Papa León XIV en sus últimos escritos (Dilexi Te y Diseñar nuevos mapas de Esperanza). Por eso, quisiera concluir este retiro reflexionando sobre el significado de este término que tantísimas veces malemployamos, sin ser capaces de conocer su profundo significado.

Don Bosco es muy reticente al empleo de este término, o al menos eso concluimos al darnos cuenta que entre la ingente literatura que escribió el santo, apenas 11 veces, al menos eso he contado yo, aparece el término. Pero lo importante no es el número, sino la relevancia de los textos en los que aparece y su significado. Quisiera presentar dos significados:

- **La amorevolezza es el amor demostrado de Dios al pecador.**

Para Don Bosco, la experiencia de la misericordia no es un concepto abstracto, sino una vivencia palpable de la bondad de Dios que desarma el corazón. En su obra El ejercicio de la misericordia de Dios, dedica el cuarto día a meditar sobre esta cualidad divina. No se trata solo de que Dios perdone, sino del modo en que perdona: sin humillar, con una ternura que restaura la dignidad. El santo escribe con una intuición pedagógica y espiritual profunda:

Durante estos tres días hemos procurado dar a conocer la grandeza de la divina Misericordia invocándola con todo nuestro corazón para nosotros y para la conversión de los pecadores. En estos tres días que restan de este santo ejercicio, nos dedica-

remos, en la medida de nuestras posibilidades, a agradecer a la divina bondad las misericordias y los beneficios que nos ha otorgado. Si bien son innumerables las razones que nos impulsan a dar gracias a Dios, parece que merece un agradecimiento especial por la amorevolezza con que acoge al pecador, lo cual le permitirá presentarse con mayor confianza ante su Señor ofendido, quien con amor lo llama.

Esta amorevolezza divina es la clave para vivir un Adviento sin miedo. A menudo, nos acercamos a Dios con temor, paralizados por nuestras culpas. Don Bosco nos recuerda que la "amabilidad" de Dios es precisamente lo que nos permite volver a Él con "mayor confianza". Dios no nos espera con un tribunal, sino con los brazos abiertos del padre del hijo pródigo (Lc 15). Preparar la Navidad significa, entonces, dejarse mirar por Dios con esa dulzura, creyendo firmemente que su amor es más grande que nuestra fragilidad. Es la certeza de que, incluso en nuestro pecado, Dios nos trata con delicadeza para atraernos hacia Él.

- **La amorevolezza es el amor manifestado y percibido como tal**

El término amorevolezza es, quizás, el más difícil de traducir del vocabulario salesiano. Entre todas las definiciones, la más acertada es la que nos ofrece el historiador Aldo Giraudo en una nota a pie de página de su comentario a las Memorias del Oratorio. Él la define como: *una relación humana atenta a la persona del joven, sinceramente cordial y afectuosa, inspirada desde la caridad cristiana, que impulsa al educador a acercarse para comprenderlo y hacerse cargo de sus necesidades y de sus problemas.*

Este sistema se apoya enteramente en la razón, la religión, y sobre la amorevolezza.

SISTEMA PREVENTIVO

Esta definición nos lanza un desafío concreto: el amor no basta con que exista, debe ser percibido.

En la lógica de la Encarnación que celebramos en Navidad, Dios no se contentó con amarnos desde el cielo, sino que se hizo carne para que su amor fuera tangible, visible, audible y abrazable. Del mismo modo, nuestra caridad en este tiempo no puede ser teórica.

- Atenta a la persona: Significa detenerse. En medio de la prisa, la amorevolezza nos pide mirar a los ojos al que tenemos al lado (al hijo, al abuelo, al compañero de trabajo) y preguntarnos: ¿Qué necesita realmente hoy?
- Hacerse cargo: No es sentir lástima, es involucrarse. Un amor que se ensucia las manos.
- Sinceramente cordial: Don Bosco insistía en que la educación es cosa del corazón. Si el otro no siente que le amas, para él es como si no le amaras.

Vivir el Adviento salesiano es, por tanto, esforzarnos para que nuestro trato con los demás sea un reflejo, aunque sea pequeño, de la ternura de Dios. Es convertir nuestra cercanía en un sacramento de la presencia de Dios, especialmente para aquellos que se sienten solos.



WWW.CULTURAYFE.ES